

Sobre el esfuerzo como virtud

José María Benavente

Doctor en Filosofía
Catedrático

He leído con interés el penetrante análisis de José M.^a Vinuesa en su artículo «Los valores en la Ley de calidad» (nº 67 de *Acontecimiento*). Suscribo muchos de sus puntos de vista aunque, como es natural cuando de teorías se trata, existen también inevitables —aunque no graves— discrepancias. La que ha motivado este artículo es la asimilación del «esfuerzo» con «laboriosidad» y «trabajo». Con independencia de lo que establezca la Ley de Calidad al respecto, entiendo que se trata de valores/virtudes de diferente rango. Veamos.

El esfuerzo en la Ley de Calidad

La Ley de Calidad intenta —entre otras cosas— atajar el fracaso escolar que, en buena medida, había propiciado la LOGSE. La enseñanza «lúdica», comprensiva, pretendidamente constructivista, en la que además existía la promoción automática, no parecía dar buenos resultados. El «esfuerzo» se plantea, en principio, como una de las posibles soluciones al problema: si un alumno pretende aprobar, pasar de curso, conseguir un título, etc., debe esforzarse para conseguirlo.

Desde este punto de vista es posible que el «esfuerzo» que preconiza la LOCE se pueda asimilar al «trabajo» y a la «laboriosidad», aunque no se mencionen de modo explícito. El «esfuerzo», en una primera aproximación, es la *conditio sine qua non* para enfrentarse al estudio con garantías de éxito.

Es posible que, además de requerir a los alumnos el necesario esfuerzo para superar los cursos —que es, al parecer, la intención inmediata y explícita de la Ley— exista un «currícu-

lo oculto», una implícita relación con el sistema capitalista —a mayor trabajo, mayor recompensa—, y a formar, en consecuencia, ciudadanos trabajadores que contribuyan a los fines de este sistema. No lo sé. Tam-

poco soy aficionado a las exégesis de carácter «freudiano». Así que me limito a lo explícito, que parece ser esta demanda de esfuerzo/trabajo en la vida escolar.





Trabajo y laboriosidad

Considero que, más allá de lo establecido en la LOCE, conviene realizar algunas precisiones conceptuales.

De entrada parece que el «trabajo» y la «laboriosidad» resultan virtudes hasta cierto punto más mezquinas que el esfuerzo. El trabajo es aquello que se hace para ganarse la vida, y con lo que casi nadie disfruta. En este sentido es cierto —como dice Vinuesa— que «...cualquiera está obligado —en nuestro sistema económico— a aportar el esfuerzo necesario (el estrictamente preciso y no más) para vivir de su trabajo él y quienes de él dependan así como para entregar a la sociedad en la que vive y de cuyos beneficios disfruta su *contribución debida*.»

Completamente de acuerdo. Sin embargo, donde dice «esfuerzo» sería más adecuado decir «trabajo», porque para vivir y para contribuir a la sociedad es preciso trabajar, pero no siempre esforzarse. Y, trabajar, en este sentido, justo lo indispensable.

La «laboriosidad», que es la afición, incluso adición, al trabajo, el hacer del trabajo un modo de vida, es una «virtud» pequeño burguesa, de honrado contable. Va unida al desarrollo del capital como virtud calvinista que fomenta este amor al trabajo y al ahorro como ideal de vida. Una sociedad economicista, cuyos «valores» fundamentales son los que cotizan en bolsa,

es lógico que fomente actitudes laboriosas y ahorrativas, porque son su garantía de pervivencia y perpetuidad.

Si existe o no en la LOCE una deliberada intención implícita de asimilar «esfuerzo» a «trabajo» y «laboriosidad», es algo que se me escapa. Pero prefiero pensar que no es así, porque el esfuerzo, desde mi punto de vista, tiene un rango superior.

El esfuerzo como virtud

Reconozco que no resulta «moderno» ni «progresista» hablar de la virtud. Tiene inevitables resonancias teológicas, e incluso pacatas. No obstante, prefiero hablar de virtudes que de valores. El valor —que se puede captar intelectualmente— es inoperante hasta que el sujeto que lo ha captado no lo interioriza en forma de virtud, de *hábito operativo*.

Pues bien, el esfuerzo como valor-virtud, implica una dedicación íntima, que va más allá del deber, que el sujeto realiza en la consecución de algo que le *interesa*, es decir, que «entra» en él, que «cala» en él. Es esfuerzo el que se impone —el ejemplo es paradigmático— el escalador que se enfrenta a la pared vertical, sin más recompensa que la satisfacción personal de vencerla; suponen esfuerzo las noches en vela del científico que investiga hasta la extenuación. (Cuando

preguntaron a Newton cómo había descubierto la Gravitación Universal respondió: *Nocte dieque incubando*); esfuerzo es el de todo aquel que piensa, que escribe, que pinta, que compone música. (Sorolla, en la cumbre de su arte, trabajaba en sus obras hasta quedar rendido, y lloraba en ocasiones si no lograba la perfección que pretendía).

No voy a entrar en si los poderes públicos pueden o no preconizar el esfuerzo como «valor para la vida». (Aunque dudo mucho que se hayan planteado esta cuestión en su sentido más pleno y riguroso, desearía equivocarme). Pero es evidente que un tal valor-virtud, sí merecería que se ocupasen de su desarrollo los poderes públicos para que no se quedase sólo en el ámbito de lo privado.

Porque el esforzarse no es sólo sacar adelante —trabajosa, laboriosamente— la vida; no es sólo echarse el azadón al hombro cada día para ganar el pan; el esfuerzo es *magnánimo*, porque aspira a la *excelencia*, a la estricta satisfacción por la obra bien hecha, de la que muchas veces sólo es juez el que se esfuerza en conseguirla, y que va más allá de la recompensa y del reconocimiento social.

Desde este punto de vista considero que sí vale la pena cultivar la virtud del esfuerzo, el afán por realizar obras bien hechas y que, si ha lugar, dejen huella.